

Tesis sobre Medicina Moral

Luis D. Güemes

1879

Señores:

El hombre no es, como los demás animales, indiferente a los objetos que le rodean y a los hechos y fenómenos que se producen cerca de él. La curiosidad es uno de sus principales atributos, e impulsado por ella, se lanza desde sus primeros pasos en la vida, a investigar todo cuanto cae bajo sus sentidos e inteligencia.

Siendo ésta, la inteligencia, la última facultad que se desarrolla en él, es también la última que aplica a sus estudios.

Empieza por ejercitar sus sentidos, por observar lo que ve, lo que oye, lo que palpa etc., reúne hechos. Reunir hechos, acumular experiencias, he ahí el primer paso del hombre, he ahí el rol de las ciencias humanas en su origen, en su nacimiento.

Más después, medita el hombre. Se pregunta la razón, la causa, el objeto, el fin de todo lo que ha observado, y se empeña en darse una explicación satisfactoria. Entonces funda hipótesis, teorías más o menos sensatas, más o menos racionales, pero tendiendo siempre a ponerle en el camino de los descubrimientos.

Lucha, lucha con su ignorancia, y al fin vence. Descubre, arranca a la naturaleza sus secretos; y cuando está cierto de ello, funda un principio, un axioma. He ahí la ciencia en todo su esplendor.

Este es el origen, esta es la marcha que han seguido todos los ramos que constituyen hoy el saber humano, inclusive el que nosotros cultivamos: la medicina.

La medicina ha nacido, pues, de la observación; pero, mientras no puso al servicio de sus investigaciones más medio que aquel, no pasó de ser un arte; solo se elevó al rango de ciencia, en el sentido estricto en que hoy aplicamos esta denominación, cuando el genio de Hipócrates llevó a ella la filosofía, como él dice, y agregó el raciocinio a la experiencia.

Desde entonces, las inteligencias más notables, que se han consagrado a su estudio, han comprendido y proclamado cuán necesario es para el médico conocer completamente al hombre, en su organismo, en sus facultades y respectivas funciones.

El hombre se presenta bajo dos aspectos, o más bien, ofrece en su desenvolvimiento dos órdenes de fenómenos: físicos y morales. El conocimiento de estos es tan importante para el médico, como el de aquellos, pues existe entre ambos una relación íntima, una dependencia, una subordinación mutuas. El estado moral del hom-

bre influye poderosa e inevitablemente en el estado de su cuerpo, y recíprocamente. Esto es lo que comprendía el venerable anciano de Cos cuando decía: «el hombre es doble, *homo dúplex*; es preciso saber tratarle en lo físico y en lo moral.»

En efecto: el conocimiento del hombre sano es la base de la verdadera medicina; es decir, el conocimiento pleno de su complicado organismo, de cada una de las partes y órganos que lo constituyen, de las relaciones que existen entre estos, de las funciones a que están destinados aislada y conjuntamente, del modo como funcionan, de las causas que los afectan favorable o desfavorablemente; porque todo es susceptible de alteración, y la misión del médico consiste en conservar la salud, la vida, esta especie de equilibrio inestable que es solicitado constantemente por mil causas de perturbación.

Para llegar a este conocimiento, el médico se aprovecha de los datos que le suministran las demás ciencias, como la física, la química, la mecánica, la historia natural etc., que le ayudan a estudiar y comprender el organismo humano, como la psicología y la filosofía en general, que le descubren la estructura psíquica, si me es permitido hablar así, en una palabra, todas aquellas que tengan relación con el hombre, sea considerándole bajo su faz física, sea considerándole bajo su faz moral.

La medicina tiene también sus teorías y sus hipótesis, y ¿cuál es la ciencia que no las tiene?—y ellas, sean falsas o exactas, son poderosas palancas que contribuyen a su desarrollo y progreso. Todo médico debe conocerlas; porque si hemos de limitarnos a reunir hechos, concluiremos por no ser más que pacientes recopiladores, sin alcanzar jamás a ser ni siquiera buenos observadores, porque careceremos de los fundamentos científicos en que se basa toda seria y provechosa observación, y de ese espíritu penetrante y generalizador que solo da el estudio de las ciencias, la comparación de los hechos, la discusión de las teorías y de las hipótesis.

«Toda ciencia, dice el gran clínico Trousseau, toca al arte por algunos de sus puntos, todo arte tiene su lado científico: el peor de los sabios es el que jamás es artista; el peor artista es el que jamás es sabio.»

La medicina marcha al par que las demás ciencias, y sigue su desarrollo y progreso, para apropiarse los descubrimientos que hacen, los hechos que establecen, la experiencia que acumulan, y hasta las hipótesis que arriesgan, siempre que puedan servir a sus investigaciones humanitarias.

Las hipótesis científicas, *legítimas*, como dicen los sabios alemanes, merecen un lugar preferente en nuestros estudios. Ellas son para las ciencias, el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo.

Observando la marcha de estas, es fácil apercibirse del impulso que reciben con la aparición de cada nueva hipótesis o teoría. Entonces vemos multiplicarse los descubrimientos y los medios de investigación: es lo que han producido las teorías sobre la atracción, la unidad de fuerza etc., en física; la teoría de los átomos en química; la teoría del transformismo, de Lamarck, de la selección, de Darwin en historia natural; es también lo que han producido las teorías de Gall sobre frenología que, aunque no sean aceptadas, han tenido el mérito de llamar la atención de los anatomistas y fisiologistas sobre el cerebro, considerado como el órgano de la inteligencia, dando así lugar a estudios fecundos en resultados de utilidad práctica.

Pero tampoco debemos dejarnos seducir demasiado por las teorías y apartarnos completamente del terreno práctico; porque incurriendo en uno u otro de estos dos extremos, quedaríamos reducidos a simples *curanderos* o *charlatanes* que, como dice Guy Patin, «son perros que lamen a los enfermos y ladran a la ciencia.»

Hemos dicho que el hombre presentados órdenes de fenómenos: físicos y morales; y si todos reconocen la importancia de los primeros en medicina, no sucede lo mismo con los segundos que son generalmente descuidados, a pesar de estar sujetos a perturbaciones capaces de modificar el organismo, y que son del dominio del médico, desconociendo así una de las causas más frecuentes de las enfermedades y privándose de un método de tratamiento. El estudio del hombre moral en su estado normal, es tan necesario como el del hombre físico, para poder apreciar las alteraciones de que es susceptible; pues ¿quién ha de reconocer cuando una facultad intelectual o afectiva se encuentra perturbada, sino el médico? o ¿ha de dejar eternamente al filósofo el cuidado de distinguir la razón de la locura, el genio de la estupidez? Si la anatomía y la fisiología son la base del conocimiento del hombre físico, la psicología es la base del conocimiento del hombre moral. Sin poseer estas tres ciencias, no es posible hacer un estudio completo del hombre para conocer su estado normal y las alteraciones que sufre, las causas que las producen y los medios de combatirlas; así dice Mr. A. Padioleau: «Estas ciencias, en efecto, se ligan entre sí por mutuas afinidades, y nadie podría ser un médico completo si no reuniese la fuerza pensante del filósofo a la paciente atención del observador.»

Pero el hombre moral no se presenta aislado del hombre físico, sino que todas las manifestaciones de aquel están unidas a modificaciones de éste, pudiendo influirse recíprocamente; y esta unión se mantiene constantemente, tanto en el estado normal como en el estado patológico, por más que no podamos explicarnos esta íntima relación: «Hay, es preciso convenir en ello, dice M. Noël Gueneau de Mussy, en el espectáculo continuo de esta influencia recíproca, un escándalo para el espíritu y una tentación de materialismo.» La relación de los fenómenos físicos y morales, la influencia que tienen estos

sobre el estado del cuerpo, y la influencia de éste sobre las manifestaciones psíquicas, he ahí el objeto de una ciencia nueva que, podemos decir con Cerise, data desde el célebre Cabanis: la ciencia de lo físico y de lo moral, que con el nombre de *psico-física* que ha recibido de Fechner, ha tomado en estos últimos tiempos, y sobre todo en Alemania, una forma verdaderamente científica, y ha dado lugar a trabajos los más notables y a experiencias las más ingeniosas. La psicología se ha unido a la fisiología, y tomando en esta una base sólida, ha abandonado el terreno oscuro de la metafísica para hacerse una ciencia experimental y de verdadera utilidad práctica. De esta manera el hombre ha dejado de ser para el médico esa dualidad incompatible de dos seres distintos, de los filósofos antiguos, y ha pasado a ser una dualidad armónica, continua, si nos es permitida la expresión, y el rol del médico se ha ensanchado considerablemente; ya no se limita a curar el hombre enfermo, a cuidar el cuerpo en sus estados patológicos, sino que lo conserva cuando está sano, y tiene bajo su dependencia todos los fenómenos intelectuales y morales, desde el genio hasta el idiotismo, desde la fría indiferencia hasta la cólera más exaltada; ya no solo cura y alivia las dolencias humanas, sino que contribuye a mejorarlas condiciones físicas y morales del hombre, y por tanto al perfeccionamiento de su especie. «Es preciso, pues, decía el conde de Salvandy en el congreso médico de 1845, que el médico que lucha contra las enfermedades del hombre, conozca al hombre todo entero, en su doble esencia física y moral; es espiritualizando así la ciencia médica que se la coloca en la cumbre de las profesiones sociales donde debe estar.»

La medicina es, pues, una verdadera ciencia enciclopédica, como se ha dicho, por la cantidad y variedad de conocimientos que exige; y la parte de ella que se ocupa de los fenómenos psíquicos considerados en la etiología, la sintomatología y tratamiento de diversas enfermedades, es ciertamente una de las partes más difíciles y delicadas, que exige más penetración y perspicacia: ella con el nombre de medicina moral ha sido practicada y objeto de serios estudios de médicos lo más esclarecidos y que servirán eternamente de modelos a todos aquellos que se dediquen dignamente a ejercer la noble profesión de aliviar a sus semejantes.

Estando la medicina moral basada en la ciencia que Cabanis llamaba de lo físico y lo moral del hombre, vamos a ocuparnos de ésta, antes de entrar a estudiar aquella.

II

Tal es el imperio de la evidencia, tal es el poder de la ciencia, que, para el que está ya versado en el estudio de la naturaleza, se ha hecho imposible, no diré creer, sino casi concebir que hayan fenómenos sin ley.

Herbert Spencer, *Classification des Sciences*, p.166.

Es propio del espíritu humano no querer aceptar nada sin una aplicación más o menos satisfactoria; y muchas veces despreciamos datos y eludimos fenómenos, quizá

con perjuicio para la humanidad, porque no podemos explicarlos. Mientras más próximos están de nosotros; mientras más íntimos y personales nos son los fenómenos que se producen, menos hieren nuestra atención. Tratándose de esta clase de estudios podemos establecer este principio: la atención del observador está en razón inversa de la distancia que media entre él y el objeto o fenómeno producido; porque como decía Rousseau, «es necesario ser demasiado filósofo para poder observar lo que está muy cerca de nosotros.» Es por esto, sin duda, que los fenómenos psíquicos han merecido menos la inatención de los médicos que los fenómenos físicos, habiendo quedado casi siempre como objeto exclusivo de los desvelos del psicólogo y del moralista.

Las hipótesis que lanzaron las diversas escuelas en que se dividieron los filósofos desde Platón y Aristóteles, sosteniendo los unos que los fenómenos psíquicos son dependientes de un ser inmaterial, el espíritu, y los otros, que no son sino el resultado del organismo animal, estimulando y fijando la atención de los hombres pensadores sobre la relación íntima y recíproca influencia que se ejercen esas dos naturalezas, han dado origen a los grandes descubrimientos que en los últimos tiempos han venido a enriquecer a su vez la psicología y la medicina.

Por nuestra parte no nos detendremos a examinar esas cuestiones, porque no creemos que tengan relación directa con el objeto del presente trabajo. Dejaremos a los filósofos la tarea de decidirla. Nos limitaremos únicamente a demostrar la relación y dependencia en que los fenómenos psíquicos o morales están con respecto al cuerpo, así como la influencia que sobre éste ejercen. Para nuestro objeto, nos basta comprobar, que no hay un solo fenómeno psíquico que no vaya acompañado de una modificación material del ser pensante, de un movimiento molecular, cualquiera que sea su naturaleza, sin pretender por esto que el pensamiento no sea más que un movimiento, como lo sostiene Moleschott. La medicina moral no necesita admitir la dualidad *teológica* del hombre, como pretende Cerise; le es indiferente atribuir los fenómenos psíquicos al alma, o considerarlos con Cabanis, como dependientes del ser físico: le basta buscar hechos y relaciones, como hace la psicología experimental.

Es indudablemente en el sistema nervioso que se desarrollan los fenómenos psíquicos, y si conociésemos perfectamente la estructura y disposición de aquel y su modo de funcionar, podríamos apreciar mejor los cambios que tienen lugar en su interior durante la producción de un acto psíquico cualquiera; y aunque no llegásemos todavía a comprender la naturaleza de éste, por lo menos apreciaríamos mejor las condiciones de su producción y la relación de un hecho psíquico con un hecho fisiológico, y estaríamos en vía de explicarnos la relación de lo físico con lo moral; pero desgraciadamente estamos muy lejos de llegar a este grado de conocimiento, a pesar de los adelantos que se han hecho en estos últimos tiempos en la anatomía y fisiología del sistema nervioso, y aún podemos repetir lo que decía el célebre

Cuvier: «Demócrito, Anaxágoras, disecaban ya el cerebro hace cerca de tres mil años. Haller, Vicq-d'Azir y veinte anatomistas vivos lo han disecado en nuestros días, pero, cosa admirable, no hay uno que no haya dejado todavía a sus sucesores descubrimientos que hacer.»¹

Pero si sobre la naturaleza del funcionamiento del sistema nervioso no hay más que hipótesis, ya podemos, sin embargo, comprobar hasta un cierto punto sus efectos y someterlos a número, peso y medida.

Por consiguiente, antes de pasar adelante en el estudio de la relación de lo físico con lo moral, diremos algo del sistema nervioso que sirve de intermedio a esa relación. El sistema nervioso es quizá el más importante y el más misterioso de los sistemas de la economía, por sus funciones y por las enfermedades de que puede ser asiento. Tiene, en efecto, bajo su dependencia los fenómenos intelectuales y morales, los fenómenos de la vida de relación y de la vida orgánica. Sus elementos fundamentales son las células y las fibras nerviosas en comunicación las unas con las otras, y agrupadas de diversas maneras, pero dispuestas de tal modo, que siempre una fibra parece estar en comunicación con una célula. Las células serían los órganos activos; en ellas se desarrollaría, se trasformaría o eliminaría la fuerza nerviosa, y las fibras servirían únicamente de medios conductores de esta fuerza. En su conjunto, el sistema nervioso se divide en masas centrales, el eje cerebro espinal que presenta dos aspectos, la sustancia gris, compuesta principalmente de células, y la sustancia blanca formada de fibras, y en prolongaciones periféricas, los nervios, que establecen comunicación entre los órganos y el centro cerebro espinal; así el sistema nervioso es todo uno, todo continuo, y preside a las funciones de la vida de relación como a las funciones de la vida vegetativa. Sin embargo, no todas las partes del sistema nervioso desempeñan las mismas funciones o dan lugar a los mismos fenómenos, y admitiendo con Jacoud que la actividad vital del hombre presenta tres formas o modos: el modo vegetativo, el modo animal y el modo intelectual, podemos atribuir con él la actividad intelectual al cerebro, la vegetativa a la médula espinal, y la animal a ambos aparatos conjuntamente; además, los actos voluntarios dependerían del cerebro y los involuntarios de la médula. Los nervios se dividen también en sensitivos o centrípetos que conducen la corriente nerviosa de la periferia al centro, en motores o centrífugos que la conducen del centro a la periferia, y en fin, en nervios especiales destinados a servir a los órganos de los sentidos. Pero ¿cuál es la naturaleza de esta fuerza nerviosa que en los nervios sensitivos da lugar a fenómenos de sensibilidad, en los motores a fenómenos de movimiento, y en las células de los hemisferios cerebrales a actos intelectuales? ¿Y los actos psíquicos son dependientes de esta fuerza? Estas son cuestiones que aún no estamos en estado de resolver, pero que tenemos el derecho de esperar su resolución; y el misterio que actualmente las rodea no debe servirnos de excusa para hacer su estudio, pues, como decía Buffon: «el espíritu humano no tiene límites, se extiende a medida que se despliega el universo; el

¹ Rapport sur le mémoire de Gall pag. 4.

hombre puede, pues, y debe intentarlo todo, no precisa sino tiempo para saberlo todo.»

Sin entrar a discutir las hipótesis que se han dado para explicar los fenómenos íntimos de la actividad nerviosa, diremos solamente que para su funcionamiento tiene necesidad de un arreglo molecular o disposición celular que, variando en ciertos límites trae diferencias en el resultado de sus funciones, aunque estas variaciones de estado molecular no nos sean perceptibles por nuestros medios actuales de observación. No sabemos aún si la fuerza nerviosa es una fuerza especial, o si deberá entrar a formar parte de la unidad de fuerzas físicas, como parece tender a creerlo la fisiología moderna; pero sí sabemos que la actividad nerviosa, sea de las fibras, sea de las células, produce un desprendiendo de calor y de electricidad, y recíprocamente, el influjo nervioso puede ser despertado por el calor, la luz y la electricidad, no escapando así a la transformación de las fuerzas: «Una fuerza cualquiera, dice Claudio Bernard, no es en definitiva sino otra fuerza transformada, y un cuerpo no puede ser igualmente sino otro cuerpo modificado o transformado.» Ahora bien, como no hay calor, luz ni electricidad sin movimiento, tampoco puede haber actividad nerviosa sin él, y decir sensibilidad, incitación motriz, pensamiento, supone movimiento. Y no solo presumimos la existencia de este movimiento nervioso, sino que lo podemos demostrar experimentalmente, medir su velocidad en los nervios y aun en las células, por la duración de los actos psíquicos; podemos aumentarlo o disminuirlo, exagerarlo o suprimirlo, etc. En último resultado, los excitantes del sistema nervioso obran por el movimiento, aunque su acción primitiva haya sido mecánica, química o galvánica, y el movimiento que producen, molecular o vibratorio, como supone Onímus, puede transmitirse a la periferia o al centro, propiedad de los nervios conocida con el nombre de *neurilidad* (Lewes y Vulpian), y este sería de la misma naturaleza en todos los nervios, en los sensitivos como en los motores y en los nervios especiales, lo que es aceptado por muchos fisiologistas, entre ellos Fick, en su libro titulado: «Lehrbuch der Anatomie und Physiologie der Sinnesorgane.»

Las excitaciones nerviosas se transmiten por los nervios centrípetos al centro, y allí se reflejan en las células para volver por los nervios centrífugos bajo la forma de incitación motriz, que es lo que constituye un acto reflejo o diastáltico de Marshall Hall, el más sencillo y general de los fenómenos nerviosos, puesto que ni aun los actos psíquicos parecen escapar a su ley: los nervios son los conductores, las células, los centros de recepción y elaboración; he ahí el hecho fundamental bajo su forma más simple, por el cual nada se pierde ni se gana, todo se transforma.

Vemos, pues, que el sistema nervioso es uno, no hay una parte que no esté en comunicación con los demás por alguno de sus puntos, y masas centrales, ramas periféricas, todo es continuo, no hay interrupción, y una excitación producida en un punto cualquiera se trasmite más o menos lejos, según las condiciones en que aquella ha

tenido lugar. En fin, necesita para su funcionamiento de un cierto grado de temperatura y de materiales propios a su organización y ejercicio, sin los cuales toda actividad nerviosa es imposible.

Después de estas ligeras consideraciones sobre el sistema nervioso, pasaremos a ver la relación que hay entre los actos psíquicos y los fenómenos fisiológicos que en él tienen lugar.

El cerebro, o más bien dicho, los hemisferios cerebrales son el asiento de todos los fenómenos de conciencia, inteligencia y voluntad, como lo prueban la experimentación y la observación clínica; y aunque las experiencias de Pflüger tiendan a dotar a la médula de un cierto grado de conciencia, son todavía demasiado insuficientes para que esto se admita como demostrado, quedando siempre los lóbulos cerebrales como los únicos órganos que suministren las condiciones suficientes y necesarias para la elaboración de los actos psíquicos. Hacen veintitrés siglos que el padre de la medicina decía: «Es preciso saber que los hombres no tienen interiormente alegría, placer, gusto, sino por el cerebro al que debemos la inteligencia, la sabiduría, la vista, el oído; al que también se refieren las penas, los disgustos, la pérdida de la razón...».² Y esta idea de Hipócrates admitida más tarde por Galeno, ha sido sostenida por la mayor parte de los fisiologistas hasta nuestros días, trayendo nuevas pruebas y reuniendo nuevos hechos que venían a corroborar que el cerebro es el órgano de las facultades intelectuales y morales. Sin cerebro no hay pensamiento, no hay vida psíquica; tal es la íntima relación de lo físico con lo moral. Así se ha podido decir que el cerebro es el órgano de la inteligencia, sin admitir por esto con Cabanis, que el cerebro secreta el pensamiento como el estómago el jugo gástrico; pero es sí, una condición necesaria para su manifestación, es el intermedio obligado entre el mundo psíquico y el mundo físico; es lo que pensaba Descartes cuando decía: «El alma no puede sufrir inmediatamente sino por el cerebro».³ Las pruebas de que el cerebro es el órgano de la inteligencia, son bastantes numerosas, y aunque no todas tengan el mismo valor, hay algunas que son decisivas.

Parece realmente que es con el cerebro que pensamos y no con cualquiera otra parte del cuerpo, pues después de un trabajo intelectual sostenido es en la cabeza que sentimos el cansancio, como es en los músculos después de un trabajo material prolongado. Las alteraciones de aquel órgano traen perturbaciones en los fenómenos intelectuales: «Todos los órganos, dice Mueller, con excepción del cerebro, pueden o salir lentamente del círculo de la economía animal, o perecer en poco tiempo, sin que las facultades del alma sufran ningún cambio. Sucede lo contrario con el cerebro... «Los hechos patológicos en los cuales las alteraciones cerebrales se acompañan de perturbaciones psíquicas, son numerosos y bien establecidos, y más de una vez han servido al psicólogo para el estudio de las facultades intelectuales y morales, descomponiendo fenómenos que hasta entonces habían sido considerados como simples, y realizando experiencias que ni aun siquiera se le habrían ocurrido al psicólogo

² Hipócrates, de la maladie sacré ou épilepsie, trad. de M. de Mérey, t. II, p. 89.

³ Oeuvre, t. VIII, p.515.

más profundo: «Ningún psicólogo, dice Mr. Trosseau, habría osado llevar el análisis hasta el punto de aislar la facultad de escribir de la de leer. Lo que la psicología no se habría atrevido a intentar, la enfermedad lo ha realizado.» Las experiencias bien conocidas de Flourens, Hertwig, Longet y Vulpian, que han sido repetidas y variadas por numerosos fisiologistas, han suministrado una prueba todavía más directa de que el cerebro es el órgano exclusivo de las percepciones, de las voliciones y de todos los fenómenos intelectuales; por ellas se ve que a medida que desaparece la masa cerebral, la inteligencia se hace cada vez más limitada hasta extinguirse con la desaparición de aquella, resultado que es también comprobado por los acéfalos en quienes falta el cerebro y falta la inteligencia.

Pero no basta que haya un cerebro para que haya vida psíquica.

Es menester que aquel reúna ciertas condiciones indispensables, sin las cuales no podría desempeñar, sus funciones: así, necesita, por ejemplo, un cierto grado de desarrollo debajo del cual no hay inteligencia, y el límite de este sería según Lelut, para el peso del cerebro, de 1.000 gramos; necesita también de materiales propios al mantenimiento de su vida y al ejercicio de sus funciones, y cuando estos materiales faltan se suspende su funcionamiento, se suspende la vida psíquica, lo que se puede demostrar experimentalmente, como lo ha hecho Herzen. Este fisiologista, fundándose en una experiencia del profesor Schiff en la cual consiguió restituir a la cabeza de un gato muerto, un grado de vitalidad suficiente para que pudiese producirse en ella un acto reflejo, concibió la idea de despertar otros actos reflejos y la esperanza de volver a poner en actividad toda la vida intelectual y moral del gato; lo que llevó a efecto ligando las arterias carótidas y vertebrales y manteniendo la vida en el resto del organismo por la respiración artificial, y cuando ya no hubo manifestación psíquica alguna, y hubo desaparecido de la cabeza hasta el último grado de excitabilidad, quitó las ligaduras y vio reaparecer sucesivamente todas las funciones de la cabeza muerta.⁴ Es tal la unión de lo físico con lo moral, que existe una relación casi constante entre el desarrollo del cerebro y el de las facultades intelectuales y morales; se ha llegado a pretender medir el desarrollo de estas por el de aquel, y aunque todavía no se haya alcanzado un resultado completo y decisivo, por lo menos se ha establecido un hecho, y es la estrecha relación de lo físico y lo moral.

La anatomía y la psicología comparadas conducen ya a admitir una relación entre el volumen del encéfalo y el grado de inteligencia, y mientras unos hacen depender el grado intelectual del tamaño del cerebro, como Leuret, otros lo subordinan a la forma como Gratiolet, otros al número de circunvoluciones, como Desmoulins, otros a la profundidad de las anfractuosidades, como parece sostenerlo M. Flourens, otros, en fin, como M. Lelut, dan más importancia a la calidad que a la cantidad de masa cerebral. En el estudio comparado de las razas humanas se ha encontrado también cierta relación entre el

cerebro y la inteligencia, así, el cerebro del indo-europeo pesa más que el del africano y el de éste más que el del australiano, lo que está en relación con el desarrollo intelectual de cada uno de ellos. Se ha medido también el cráneo en lugar de medir el cerebro, y se ha llegado por este método a obtener resultados bastante curiosos: el cráneo del caucasiano es más grande que el del mongol, el de éste más grande que el del africano y el del africano más grande que el del australiano, estando así el desarrollo del cráneo en el mismo orden en que se encuentran sus facultades intelectuales y morales. Además, M. Broca en sus numerosas medidas ha encontrado que el cráneo de los parisienses antiguos es más pequeño que el de los actuales, y cree poder concluir de sus estudios especiales sobre la materia, que el grado de capacidad de los cráneos corresponde al grado de inteligencia de las diferentes razas, lo que está corroborado por la opinión de Albert (de Bonn) que supone que el cerebro aumenta por la civilización, y que este aumento se acumula lo bastante, gracias a la herencia, para poder ser comprobado: «Mit Hülfe der Vererbung sich so weit sunmirt, dass es constatirt werden kann.»⁵ En fin, M. Gratiolet ha hecho la siguiente observación que no carece de importancia, y es que las suturas del cráneo se sueldan antes en las razas inferiores que en las superiores, y empieza la soldadura por las suturas posteriores en estas, mientras que empieza por las anteriores en aquellas. Aun podemos ir más allá en este estudio comparado de lo físico y lo moral, y buscar el sitio preciso en que tiene lugar esta unión; pero esto nos llevaría demasiado lejos y entraríamos ya en la teoría de las localizaciones cerebrales tan debatida en nuestros días, sobre todo después de las experiencias de Fritsch y Hitzig, Ferrier, Bochefontaine y Lépine, Carville y Duret, y de las observaciones de Charcot. Así es que nos limitaremos a decir que es en los hemisferios cerebrales, en la sustancia cortical gris, en las células nerviosas, que tiene lugar la producción o la manifestación de los fenómenos psíquicos, es allí que se realiza esa unión misteriosa de lo físico y lo moral. Sin duda no comprendemos todavía el mecanismo de esta relación, como un acto psíquico puede depender de un fenómeno físico y viceversa, pero el hecho existe. Las fibras nerviosas son los conductores, las células los centros de elaboración, el sitio donde el movimiento se transforma en pensamiento, voluntad etc., y como ha dicho Augusto Voisin, la célula cerebral es la oficina del pensamiento.

Las células como las fibras nerviosas, cuando entran en actividad consumen materiales compuestos principalmente de sustancias albuminoideas y dan lugar a fenómenos termoelectrónicos que podemos analizar. Todos los actos de la vida psíquica se acompañan de fenómenos físico-químicos que podemos someter hasta cierto punto a nuestra observación; de un movimiento molecular cuya velocidad medimos, y sin el cual y el mecanismo de los reflejos, el establecimiento de la conciencia es tan imposible como sin la percepción⁶ de un desprendimiento de calor y electricidad cuya presencia comprobamos y cuya intensidad medimos por medio de nuestros aparatos, y

⁴ Physiologie de la volonté.

⁵ Ribot, L'hérédité.

⁶ Ribot Psychologie Allemande, pág. 293.

de cambios en la composición química de los elementos que han entrado a formar parte del órgano y que han servido al desempeño de sus funciones: «Toda idea, dice M. Taine, voluntaria o no, clara u oscura compleja o simple, fugitiva o persistente implica un movimiento molecular determinado en las células cerebrales.»⁷

La velocidad del movimiento nervioso en las fibras, ha sido determinada por muchos fisiólogos como Valentin, Helmholtz, Dubois-Raymond, Marey, Kirsch, etc., y es de 28 a 30 metros por segundo. Pero se ha tratado de llevar la media a los actos psíquicos mismos, y sirviéndose del efecto para medir la causa, se ha llegado a obtener resultados bastante notables. Fechner, a quien se le puede considerar como el fundador de la psicofísica, ha hecho numerosas experiencias, especialmente sobre las sensaciones, y de ellas cree poder sacar la siguiente conclusión, conocida con el nombre de ley psicofísica: la sensación crece como el logaritmo de la excitación,— y ha suscitado discusiones e investigaciones las más minuciosas y delicadas de parte de fisiólogos eminentes, como Weber, Delbeuf, Budge, etc. Otros han medido la duración de los actos psíquicos, como Donders, Jaeger, Helmholtz, Mach, Virordt, Baxt, Exner, Wundt, etc., y han comprobado que esta duración es variable según los individuos, la edad, etc.; J. von Kries y J. Auerbach han llegado hasta medir la duración del discernimiento, y sería, según éste de 0,026 y según aquel de 0,049. En fin, recientemente Obersteiner ha hecho sus experiencias sobre personas atacadas de enfermedades mentales y ha obtenido resultados muy curiosos, dignos de llamar la atención de los médicos.

La actividad nerviosa trae cambios en el estado termoeléctrico del cerebro y de los nervios, como lo comprobó por primera vez Lombard (de Boston), y después Schiff y otros fisiólogos, haciendo ver que toda sensación se acompaña de una elevación de temperatura y de un cambio en el estado eléctrico del nervio afectado. Schiff ha demostrado también esta elevación de temperatura en diferentes puntos del cerebro, según el sitio de donde había partido la excitación. Las modificaciones de la circulación en las mismas circunstancias son igualmente muy notables; así, todo acto cerebral trae un aumento de circulación en este órgano y a la vez el descanso produce una disminución de la misma, como lo han demostrado experimentalmente Durham, Cl-Bernard y Mosso (de Turín), y como se ha podido observar en casos patológicos en que una destrucción más o menos grande de la cubierta ósea permitía ver el estado del cerebro. También se ha podido estudiar experimentalmente los fenómenos químicos que tienen lugar bajo la influencia de la actividad nerviosa, como lo ha hecho Byasson, quien ha podido comprobar, analizando las orinas, que todo trabajo intelectual se acompaña de un aumento en la cantidad de urea, fosfatos y sulfatos alcalinos, lo que se había observado ya en ciertas enfermedades mentales caracterizadas por una actividad cerebral exagerada. S. Davi había notado también que las personas entregadas a un trabajo intelectual cualquiera, desprenden durante

este tiempo mayor cantidad de ácido carbónico, lo que coincide con un aumento de temperatura primero en la cabeza y después general.⁸ Vemos, pues, la íntima relación que existe entre los fenómenos psíquicos y los fenómenos físicos, relación constante en todos sus estados, en todas sus manifestaciones, y cuya importancia para el médico no puede desconocerse. Y hay algo más todavía: la regularidad de los fenómenos psíquicos depende del estado de las células cerebrales, y las alteraciones de éstas traen modificaciones en aquellos, aunque no siempre podamos comprobar la alteración celular por escapar a nuestros medios actuales de investigación; pero, como dice J. H. Bennet: «La relación entre los elementos moleculares, nucleares y celulares, debe tener la más alta importancia; esto no puede dudarse aunque solo se considere al cerebro como el instrumento del pensamiento.»⁹ Esta dependencia de los fenómenos psíquicos del estado del sistema nervioso, sirve para explicar la herencia psicológica, las metamorfosis de los caracteres morales, las transformaciones hereditarias de las neurosis y de los mismos fenómenos psíquicos, como lo prueban los casos referidos por Quatrefages, Lucas, Morel y otros, de hijos engendrados durante la ebriedad, que presentaban ciertos signos característicos de este estado: sentidos obtusos y facultades intelectuales casi nulas (Quatrefages).

Así llegaremos también a comprender la vida psíquica por el estudio de los fenómenos nerviosos que la acompañan siempre; pues como dice Griesinger:

«Las imágenes se vuelven tendencias y voliciones, en razón de una necesidad interna, en el fondo de la cual, en medio de las más íntimas operaciones de la vida psíquica, encontramos las leyes fundamentales de la acción refleja.»

III

«... il faut connaître l'homme physique pour étudier avec fruit l'homme moral, pour apprendre à gouverner les habitudes de l'esprit et de la volonté par les habitudes des organes et du tempérament».

Cabanis, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, T. I, pág. 347.

La influencia de lo físico sobre lo moral, es una de las cuestiones más importantes que se presentan a la observación del médico filósofo, ya la considere como psicólogo para estudiar las facultades intelectuales y morales, ya como médico para modificar y perfeccionar al hombre psíquico por medio de elementos físicos.

El hombre moral depende del hombre físico, o en otros términos, la naturaleza psíquica depende de la naturaleza orgánica, en este sentido, que no hay acto moral que no tenga su concomitante físico, que no hay operación psíquica que no tenga por teatro, por médium, un órgano material, que no hay pensamiento sin cerebro, ni idea sin movimiento; así ha podido decir Cerise: «La idea

⁷ De l'intelligence t. I, pág. 339.

⁸ Onimus, *Théorie Dynamique de la chaleur dans les Sciences biologiques*, p. 77.

⁹ *Leçons cliniques sur les principes et la pratique de la médecine*, t. I, p. 191.

no es un acto exclusivamente espiritual, puesto que sufre las condiciones de estructura y de aptitudes cerebrales; no es un fenómeno exclusivamente material, puesto que alcanza las esferas inaccesibles a nuestra impresionabilidad sensorial». ¹⁰ El mundo exterior, el mundo físico, es la fuente inagotable de nuestra vida intelectual y moral, que no es sino el eco de aquel en el misterioso laberinto cerebral. Es por el cerebro que pensamos, sentimos y queremos, es por el cerebro, por el sistema nervioso en general que estamos en relación con nuestro propio organismo, y por intermedio de éste, con los objetos que nos rodean; es al cerebro que llegan las excitaciones de todo el cuerpo bajo la forma de movimiento nervioso para transformarse en él en idea o voluntad, en acto de conciencia. Las excitaciones que constantemente parten de los extremos periféricos de los nervios, son las que mantienen la actividad de las células nerviosas, ya provengan de las profundidades del organismo por medio de los nervios cerebro-espinales o de los órganos de los sentidos por medio de sus nervios especiales.

La influencia de lo físico sobre lo moral ha sido conocida desde los tiempos más remotos: influencia del estado del organismo, influencia de las enfermedades, de los medicamentos, de los climas, etc. La influencia del organismo sobre lo moral, que Cerise llama *impresión ganglio-cerebral* para indicar la dirección que sigue la irradiación nerviosa, se comprueba diariamente por la observación y la experiencia; así vemos modificarse nuestras ideas por el estado de nuestro cuerpo, cambiarse los caracteres individuales por la ablación de ciertos órganos, lo que se nota igualmente en los animales y se puede demostrar experimentalmente en ellos como lo ha hecho Schiff, quien ha visto desaparecer por la sección del nervio olfatorio hasta la fidelidad del perro. La influencia de los órganos y de su funcionamiento sobre las ideas y las facultades afectivas es igualmente manifiesta en el estado normal como en el estado patológico: «Punto de inserción, dice Maury, o de origen de una multitud de nervios, el cerebro sufre la influencia del estado de nuestros diversos órganos; y la influencia de éstos es tanto más grande sobre los sentimientos, las pasiones y los pensamientos, cuanto que se encuentran en una unión más estrecha, más directa con el encéfalo». ¹¹

Los ejemplos corroborativos de esto, son numerosos: Baillarger habla de un enfermo a quien bastaba cerrar los ojos para verse atacado de alucinaciones; un enajenado atacado de catarata y operado por el Doctor Bouisson, recuperó la razón con la vista. La importancia del oído para la formación de las ideas y de los sentimientos es igualmente muy notable, y todos conocen la influencia de la música y la historia de los sacerdotes y sacerdotisas de Cybela que caían en furor y se arrancaban los órganos al son de algunos instrumentos; M. Roubaud cuenta de una señora en quien algunos aires de la ópera «Nina» habían producido una conmoción nerviosa seguida de delirio y tendencia al suicidio; el poeta Alfieri nunca escribía tan bien, como después de haber oído un trozo de

música. Las modificaciones intelectuales y morales que trae la anestesia de la piel, nos muestran la importancia del sentido del tacto en la vida intelectual; Luys cita el caso de un enajenado cuyos malos instintos aparecían y desaparecían según que su piel se volvía o dejaba de ser anestésica. ¹²

Pasando de los órganos de los sentidos a los demás órganos de la economía, vemos continuar manifestándose esta influencia de lo físico sobre lo moral; tales son: la influencia del aparato digestivo y sus funciones, que ha sido conocida desde los tiempos más antiguos, y de la que se han aprovechado los filósofos y legisladores para mejorar los hombres y suavizar las costumbres; la influencia del aparato circulatorio y respiratorio, que ha sido notado desde hace muchos siglos, y que jugaba un gran rol entre los medios mecánicos de producir el éxtasis entre las religiones antiguas; la del aparato genito-urinario, que se comprueba, por ejemplo, con el caso referido por Guislain, de una joven que, a consecuencia de una caída violenta sobre el sacro, tuvo una precidencia de la matriz, y era atacada de una tristeza profunda con la más singular divagación de ideas, e inclinación al suicidio, siempre que a causa de un esfuerzo cualquiera, el cuello del útero se mostraba en el orificio de la vagina o traspasaba la vulva, todo lo cual cesó con el uso de un pesario. Berthier cita un caso semejante, de una joven completamente loca que recuperaba la razón inmediatamente que el médico restituía a su lugar el útero descendido. Las alteraciones producidas por el embarazo son otra prueba incontestable de esta influencia: Gall cuenta que una joven encinta, asaltada de una inclinación irresistible a matar a su marido, le asesinó y salió su cadáver para comer durante muchos meses. ¹³ Igual influencia ejerce el aparato locomotor. La influencia de los temperamentos sobre el hombre moral es admitida por todos los médicos, pues existe entre el carácter del individuo y el predominio de tal o cual sistema, una relación constante: el hombre se presenta alegre o triste, manso o colérico, jovial o sombrío, según que su temperamento sea nervioso, linfático, sanguíneo o bilioso.

La influencia de las enfermedades que pueden exaltar o deprimir las facultades intelectuales y afectivas, o cambiar completamente el carácter individual, es también incontestable; se cita el caso de una niña que atacada de una fiebre y en el paroxismo del delirio, hablaba una lengua extranjera que había aprendido en su infancia, pero que había olvidado completamente, y que una vez vuelta a la salud no podía decir una sola palabra. Winslow cita el de una señora, que después de una hemorragia uterina, había olvidado donde vivía, el nombre de su marido, el de sus hijos y hasta el suyo propio. A veces la enfermedad separa las facultades, exaltando unas y aboliendo otras, y aun en una misma facultad produce separaciones curiosas como en el caso de aquel gentleman citado por Abercrombie, que habiendo recibido un golpe en la cabeza, perdió el conocimiento del griego, quedando intactos sus otros recuerdos. Augusto Broussonnet perdió la me-

¹⁰ Mélanges, médico-psychologiques, pág. 21.

¹¹ Le sommeil et les rêves, pág. 409.

¹² Le Cerveau, pág. 206.

¹³ Berthier, Des névroses menstruelles, pág. 3 y 4.

moria de los nombres propios. Trousseau cuenta la historia de un afásico ruso que olvidó el francés y solo recordaba el ruso. Nuestro distinguido profesor, el Dr. Wilde nos refirió la historia de un enfermo de esta naturaleza observado por él, y en quien pudo seguir la pérdida gradual de la memoria: así, lo vio perder primero, la memoria de las palabras, después de las sílabas y por fin de las letras, etc. Las facultades afectivas son también modificadas poderosamente por las enfermedades, como en el caso observado por Cabanis, de un hombre melancólico en el último grado, en quien accesos de fiebre cuartana tenaz habían producido un cambio completo de humor, de gustos, de ideas y aun de opiniones.¹⁴

Parece que existe una relación constante entre los órganos afectados y la naturaleza del fenómeno psíquico que despiertan. «Esta constancia es tal, dice Cros, que la mensuración de los órganos cuya figura ha sido trazada, por puntos determinados sucesivamente por la percusión limitativa, puede suministrar un diagnóstico cierto sobre las disposiciones ala cólera, a la tristeza, a la desesperación, al miedo, al entusiasmo que presenta el paciente.¹⁵ Refiere varios casos en que ha visto esta coincidencia, la perturbación de los fenómenos morales con la perturbación de alguna víscera, y como dice, ha podido medir hasta cierto punto las disposiciones morales con el plexímetro. La influencia de los medicamentos es también evidente: unos despiertan unas ideas, otros otras, como se observa en el haschis, la belladona, el opio, etc. Las influencias de los climas, notadas desde Hipócrates, son cuestiones que merecerían les dedicásemos un estudio especial; pero el tiempo nos falta, y lo que llevamos dicho bastará para demostrar la influencia de lo físico sobre lo moral y su importancia para el médico, que puede modificar éste por intermedio de aquel.

No sabemos si es el cuerpo que domina al espíritu, o el espíritu que gobierna al cuerpo. La íntima relación del ser físico y del moral es tal, que a menudo se confunden y es imposible decidir cuál es el superior y cual el subordinado; parece más bien que no hay jerarquía, que alternativamente ambos mandan y ambos obedecen.

Ya hemos hablado de la influencia de lo físico sobre lo moral; ahora vamos a decir algo de la influencia de lo moral sobre lo físico: así habremos mirado la cuestión por sus dos faces.

La influencia de lo moral parte del cerebro, centro de la vida psíquica y se extiende a todo el organismo por medio de los nervios; es por lo que Cerise le llama *inervación cerebro-ganglionar*; la excitación parte de las células para dirigirse a los extremos periféricos de los nervios, mientras que en la acción de lo físico sobre lo moral, sigue la dirección contraria. La influencia de lo moral sobre lo físico es constante en el estado de salud, como en el estado patológico, y es capaz, por sí sola, de traer perturbaciones orgánicas, enfermedades graves y hasta la muerte.

La influencia de lo moral empieza a manifestarse en

la expresión de los sentimientos, en los signos físicos de las pasiones, en las emociones, etc. Médicos distinguidos, fisiologistas eminentes, como Ch. Bell, Duchenne (de Boulogne) se han ocupado de determinar la expresión de las pasiones por medio de la fisonomía, sea estudiando las relaciones anatómicas y fisiológicas de los elementos que contribuyen a la expresión, como el primero, o interrogando los músculos de la cara por medio de la electricidad, como el segundo. La emoción, como dice Cerise, «es el intermedio obligado entre los fenómenos oscuros de la vida de nutrición y los actos luminosos de la inteligencia.» En ella se produce una conmoción de cuerpo que afecta particularmente ciertos órganos, como el corazón, el pulmón, etc., es lo que ha llevado a colocar las pasiones en los órganos y a Bichat a dividir el hombre moral en dos; así dice: «Todo lo que es relativo al entendimiento pertenece a la vida animal»—y más adelante,— «Todo lo que es relativo a las pasiones pertenece a la vida orgánica»¹⁶ pero como hace observar muy bien M. Flourens, es preciso distinguir las partes donde se sitúan las pasiones de las partes que afectan.¹⁷

Las ideas, la imaginación, la voluntad, las pasiones alegres y tristes, etc., todas son capaces de influir poderosamente sobre el organismo y perturbar sus funciones. Las funciones digestivas pueden ser aceleradas o detenidas; las pasiones alegres aumentan el apetito y facilitan la digestión, mientras que las tristes la entorpecen; la secreción de la saliva, del jugo gástrico, de la bilis, etc., puede ser exagerada o suprimida y aun modificada en su composición. M. Beaumont ha visto modificarse completamente la mucosa estomacal bajo la influencia de una conmoción moral. Los intestinos pueden aumentar o suspender su movimiento peristáltico, produciéndose el vómito y otros accidentes. Con razón ha dicho M. Michel Levy «La digestión está a merced de las vicisitudes del estado moral.»¹⁸

El aparato respiratorio es uno de los que más sufren la influencia de lo moral: basta observarse a sí mismo para ver acelerarse o retardarse la respiración, o hacerse de una manera irregular; por las o la fuerza de la voluntad podemos modificarla en su ritmo e intensidad, y nuestras pasiones y sentimientos la aceleran o retardan, la agitan o suspenden según que sean fuertes o débiles, tristes o alegres; por esto es que Ch. Bell consideraba al instrumento de la respiración como el verdadero instrumento de la expresión. Los productos de la respiración también se modifican, así, según Proust, la cantidad de ácido carbónico espirado bajo la influencia de las impresiones morales alegres, es aumentada, mientras que, por el contrario, disminuye bajo la influencia de impresiones tristes. La opresión que acompaña a toda depresión moral y que puede llegar hasta la disnea, es una prueba más de la subordinación de los fenómenos respiratorios a los fenómenos morales.

Las íntimas relaciones que existen entre el aparato respiratorio y el aparato circulatorio y su funcionamiento

¹⁴ Rapport du physique et du moral de l'homme, t. II, pag. 30.

¹⁵ Les fonctions supérieures du système nerveux, pag. 299.

¹⁶ Recherches physiologiques sur la vie et la mort, pag. 68 y 77.

¹⁷ De la vie et de l'intelligence, pag. 253.

¹⁸ Traité d'hygiène publique et privée, t. II, pag. 201.

to, así como sus relaciones con el centro cerebroespinal, nos explican porqué son los órganos que más frecuentemente se alteran por los fenómenos morales. «El corazón, como dice Albert Lemoine, es insensible al tacto, pero no lo es a la influencia del espíritu; si simpatiza con todos los movimientos del cuerpo, siente también vivamente todas las emociones del alma.»¹⁹ En efecto, el corazón, puede perturbarse en su ritmo, acelerarse o retardarse y aun suspenderse en su movimiento funcional, bajo la influencia de los fenómenos morales; y, sin hablar del caso bien conocido del Coronel Townsend que suspendía voluntariamente el movimiento del corazón, diremos que el corazón puede paralizarse y traer la muerte por síncope por una conmoción moral demasiado fuerte.

La influencia de los fenómenos morales se extiende también a casi todos los demás órganos de la economía, como a los génito-uritarios, a los de los sentidos, etc. En fin, para terminar este ligero estudio de la influencia de lo moral sobre lo físico, recordaremos los fenómenos curiosos del hipnotismo, magnetismo animal o mesmerismo, de la oda de Reichembach del espiritismo, etc., que no son sino el resultado de la influencia de lo moral sobre lo físico, que, a su vez obra sobre las facultades intelectuales y morales, despertándolas y concluyendo por pervertirlas; de aquí es que se hace ver al individuo que se somete a esos estados, fenómenos que en realidad no existen sino en el interior de su sistema nervioso perturbado en su regular funcionamiento; vemos bajo su influencia hacérsele ansiosa la respiración, agitársele el corazón que late precipitadamente; aparece la fiebre, el pulso se acelera, y como dice Tissandier, tiene la cifra fatal. Y, cosa curiosa, con esto se ha pretendido sustituir a la medicina, a la ciencia.

La influencia de lo físico sobre lo moral como de lo moral sobre lo físico, encuentra su explicación en lo que hemos dicho del sistema nervioso, de sus funciones y relaciones: es de la periferia que parten las excitaciones que van a obrar sobre el cerebro y sus funciones; es del cerebro, de las células nerviosas que parte el movimiento de que se acompaña todo fenómeno psíquico, y transmitiéndose hacia la periferia va a obrar sobre los órganos en los cuales se terminan los filetes nerviosos.

IV

Generalmente se cree que la medicina moral se limita a consolar y sostener la esperanza del enfermo y a moralizarlo; pero es un error, pues aquello corresponde a la religión y la moral que, aunque tengan relación con la medicina, no se confunden sin embargo: el objeto de la medicina moral es el estudio de los fenómenos psíquicos considerados en la etiología, sintomatología y tratamiento de las enfermedades; es de lo que vamos a ocuparnos en las páginas siguientes.

Los fenómenos morales son frecuentes causas de enfermedades, ya cuando sufren una exaltación viva y exagerada, o cuando experimentan una depresión fuerte y prolongada. Basta recorrer los tratados de patología para

convencerse de ello; pero cuantas veces al encontrar, recorriéndolos, fenómenos morales indicados como causas de enfermedades acompañadas de alteraciones materiales, como el cáncer del estómago, la tisis, etc., asoma a nuestros labios una irónica sonrisa; y, sin embargo, nada más exacto, más racional y más comprobado por los más profundos observadores de la naturaleza humana: Buffon decía: «la mayor parte de los hombres mueren de disgusto»; Flourens, que de sus investigaciones sobre la duración normal de la vida del hombre y de los animales, cree poder concluir que la de aquel sería de un siglo, dice: «La vida secular, he ahí, pues, lo que la Providencia ha querido dar al hombre» —y después agrega: «Con nuestras costumbres, nuestras pasiones, nuestras miserias, el hombre no muere, se mata.»²⁰ Enfermedades nerviosas, del aparato circulatorio, del digestivo, del generador, etc., pueden ser y son frecuentemente producidas por causas morales. Los efectos materiales de la atención, imaginación, imitación, voluntad, cólera, temor, alegría, tristeza, etc., son numerosos y variados y pueden hacerse persistentes, llegando por sí solos a traer enfermedades y aun la muerte.

El estudio que hemos hecho de la influencia de lo moral sobre lo físico nos explica estos fenómenos, y nos hace aceptar hechos numerosos en que esa influencia ha sido manifiesta, y que, aunque referidos por personas dignas de fe, habrían pasado por inverosímiles o al menos por dudosos, perdiéndose para la ciencia. Así, no habríamos creído que la atención dirigida sobre un punto determinado del cuerpo produjese el dolor (Eliotson); que dirigida constantemente sobre la matriz produjese congestión en ella y concluyese por provocar desórdenes graves (Raciborski), etc.; tampoco nos explicaríamos cómo la atención fijada sobre sí mismo, o la observación de sus propias funciones, pueda ser la causa más frecuente de los males que aquejan al hipocondríaco, quien, como dice Feuchtersleben, se muere de ganas de vivir. ¿Quién no conoce los efectos de la imaginación sobre el organismo?

Un escritor, describiendo un envenenamiento, sintió gusto de arsénico en la boca, y como él dice, estaba envenenado, pues que tuvo dos indigestiones y vomitó todo lo que había comido (Taine). Un carnicero ofreció un día un espectáculo curioso: tratando de colgar de un gancho un pedazo de carne, se resbaló y quedó colgado él mismo por el brazo; pálido y casi sin pulso dejaba escapar hondos gemidos. El brazo no podía ser movido a consecuencia del exceso de sufrimiento, y mientras se rompía la manga para desembarazar el miembro herido, continuaban sus lamentaciones. Mas cual no fue la sorpresa de toda la concurrencia, cuando descubierto el brazo, no se encontró ninguna herida; el gancho no había causado más mal que el de romper la manga del vestido (Bennett). Un día se acusó a una mujer por sospecharse que había envenenado a un hijo suyo recién nacido. El ataúd fue exhumado, y el procurador fiscal, encargado de asistir a la inspección legal, declaró que sentía ya el olor de la putrefacción, lo que le hizo caer

¹⁹ De la *physionomie et de la parole*, pág. 54.

²⁰ De la *longévité humaine*, pág. 32.

en síncope y trasladar fuera del sitio. Se abrió el ataúd, sin embargo, y nada se encontró. Siguiéndose las indagaciones se descubrió que la mujer acusada nunca había tenido hijo, y que, por consiguiente, no había podido cometer el crimen que se le imputaba (ibid.) Un discípulo de Boerhaave experimentaba sucesivamente todos los estados morbosos que describía aquel famoso profesor, viéndose obligado a renunciar al estudio de la medicina. Un inglés habiendo leído en los periódicos el relato de una muerte causada por la mordedura de un perro rabioso, fue atacado de hidrofobia, y solo pudo salvarse por medio de un tratamiento enérgico y adecuado (Feuchtersleben). Es frecuente ver a estudiantes de medicina y a aquellos que acostumbran hablar de enfermedades, sin tener un conocimiento perfecto de ellas, sentir los síntomas de las afecciones que los preocupan, y a veces ser víctimas de ellas; y me atrevo a decir que los que han llegado a una edad avanzada, anticipan el fin de sus días, a fuer de pensar en que están próximos a él.

Las perturbaciones morales, trayendo una alteración del sistema nervioso, pueden producir el neurosismo, la histeria, epilepsia, catalepsia, corea, etc., casi todas las enfermedades propias a este sistema; perturbando el funcionamiento del corazón, modificándolo en su ritmo y energía, traen una alteración funcional que a su vez trae una alteración orgánica, y así vemos sucederse la hiperkinesia, la angina de pecho, la hipertrofia, etc.; su influencia sobre el aparato respiratorio, hace que sean frecuentes causas de enfermedades pulmonares: «Fulano ha muerto de disgusto y de una fluxión de pecho. «Qué de más burlesco, dice M. Peter, y qué de más verdadero, sin embargo.²¹ En efecto las impresiones morales vivas, como las pasiones depresivas vienen acompañadas de un desorden en la respiración y de congestiones que con el tiempo pueden ser el punto de partida de enfermedades graves del aparato cardiopulmonar. «Entre las causas de la tisis pulmonar, dice Laennec, no conozco otras más evidentes que las pasiones tristes, sobre todo cuando son profundas y duraderas.»²² Ramadge, en su libro sobre la consunción atribuye una gran parte de los casos de tisis pulmonar, tan frecuentes en Inglaterra, a depresiones morales.

El aparato digestivo y los órganos de su dependencia sufren también la influencia de las causas morales, que obran sobre el apetito, paralizando, exagerando o perturbando los movimientos intestinales o alterando la composición de los líquidos secretados, como de la saliva, del jugo gástrico, de la bilis, etc., y las vemos figurar entre las causas de la dispepsia, cáncer del estómago, ciertas enfermedades del hígado, como la ictericia grave, por ejemplo; así Frerischs, en su *Tratado de las enfermedades del hígado*, hablando de las causas de la atrofia aguda, coloca en primera línea las afecciones morales: «en muchos casos, dice, la enfermedad ha aparecido en individuos sanos tan inmediatamente después de un terror violento o de un acceso de cólera, que la influencia de la turbación moral no puede ser contestada.»

Las causas morales tienen también una acción cierta

sobre el aparato generador; así vemos una viva impresión moral suspender, la menstruación. Rasiborski, en una memoria intitulada: «de l'aménorrhée par causes psychiques» prueba con hechos y razonamientos serios que la supresión de las reglas es algunas veces la consecuencia de ciertas preocupaciones que se relacionan con el órgano de la gestación (Berthier).

La importancia de los fenómenos morales como causas de enfermedades, es pues incontestable y su conocimiento es de grande importancia para el diagnóstico y tratamiento de aquellas; más de una vez se ha visto tomar estados nerviosos dependientes de causas morales, por enfermedades orgánicas, y que no han cedido sino a un tratamiento moral. Una enfermedad orgánica es producida por una alteración moral, y haciéndose persistente se trasmite de padres a hijos, aumentando así la debilidad humana. El hombre no muere, se mata, y mata a sus descendientes legándoles un organismo alterado por su propia culpa, por sus malos sentimientos, por su débil o torcida voluntad.

La importancia de los fenómenos morales en la sintomatología de las enfermedades, no puede ser puesta en duda, aunque este estudio no esté todavía bastante avanzado; le ayudan al médico a hacer el diagnóstico de las enfermedades y a instituir un tratamiento.

Es en el tratamiento moral que el médico necesita conocer al hombre psíquico en todos sus estados, para saberse aprovechar de sus propias facultades; debe saber usar de ellas, como usa de los medicamentos; exaltarlas o deprimirlas, apagarlas o despertarlas, como lo han sabido hacer médicos célebres, Zimmermam, Hufeland, M. A. Petit, Récamier, Leuret, etc.; debe saber que son verdaderos medios terapéuticos, que pueden con ventaja reemplazar, en muchas circunstancias, a los medios farmacéuticos. «Todos saben, dice Durand Fardel, cuantas veces el fierro, este agente precioso, este específico aparente de la clorosis, cede el paso a los cambios higiénicos, a simples condiciones morales». Nada debemos despreciar en el tratamiento de las enfermedades; todo lo que contribuya a restituir la salud debemos aprovecharlo; esta es la obligación del médico. Y no hay médico que no haga medicina moral, muchas veces sin saberlo, y, como nos decía uno de nuestros distinguidos profesores, el Dr. Porcel de Peralta: «todos la practicamos y ni aun siquiera del nombre nos acordamos.»

Los medios morales, cuando no obran como curativos, sirven por lo menos de coadyuvantes a los otros medios terapéuticos, y los efectos de la confianza que inspira el médico, de la esperanza etc., son bien conocidos, y no deben ser descuidados. Padioleau transcribe un caso citado por Antoine Petit. «Este había operado a un enfermo de la piedra, el que fue atacado después de una hemorragia abundante. La sangre corría hacía muchas horas, cuando llegó Petit.»

«Estoy perdido, exclama el enfermo, pierdo toda mi sangre.» «Perdéis tan poca, le repuso el hábil cirujano, dice Padioleau, que vais a ser sangrado dentro de dos horas.» ¡Y bien!, esta respuesta firme y consoladora produ-

²¹ Leçons de clinique médicale t. I, pág. 685.

²² Laennec, Traité d'auscultation.

jo una influencia tan feliz, que no tardó la hemorragia en suspenderse.»²³ La distracción hace olvidar el dolor. La imaginación ha producido muchísimas veces los resultados más felices, consiguiendo curarse verdaderas enfermedades, por remedios inertes, gracias únicamente a la acción misteriosa de aquella, como sucedió cuando Corvisart daba a la emperatriz María Luisa, píldoras de miga de pan, obteniendo brillantes resultados. Es a la imaginación que debemos atribuir también los efectos producidos por esos medicamentos secretos, las curas de los charlatanes y la mayor parte de las obtenidas por la homeopatía. Un médico inglés asistió a un enfermo de parálisis de la lengua, la que había resistido a toda medicación; por fin le propuso aplicarle un instrumento de su invención, pero antes quiso tomarle la temperatura para lo cual le introdujo en la boca un pequeño termómetro, y creyendo el enfermo que era el instrumento, comenzó a hablar y mover la lengua (Feuchtersleben.) Es a la imaginación igualmente que debemos atribuir las curas milagrosas, las del mesmerismo, espiritismo, etc.

Es con razón que la escuela de Stahl quería que se empezase el estudio de la medicina por el del corazón humano, y que Cabanis quería que el médico aprendiese a leer en él tan bien, como a conocer el estado febril.

En efecto, él debe saber cuándo conviene exaltar o deprimir las facultades morales, cuando, calmar o revolver las pasiones; así, hay casos en que no conviene estimular la esperanza, como en el que ha sido referido por Marcos Herz, de un enfermo que se encontraba en el último grado de la fiebre hética, y a quien le daba buenas esperanzas, hasta que un día le dijo que estaba perdido, lo que le produjo una viva impresión, y desde aquel momento empezó a mejorar, quedando en poco tiempo completamente curado.

La satisfacción de un deseo, el miedo, etc., pueden producir conmociones que modifiquen el organismo y resultados notables. M. Trousseau ha visto una joven atacada de afonía desde hacía varios años, y en quien se habían agotado todos los remedios indicados en esta circunstancia, ceder inmediatamente a la orden de leer en voz alta que le dio la superiora de un convento en el cual había entrado. Ruzf cuenta la historia de una mujer afásica que recuperó la palabra en un acceso de celos, pero la volvió a perder inmediatamente. Es también conocida y curiosa la historia del hijo de Crespo que, desesperado al ver amenazada por un soldado la vida de su padre, habló por primera vez intercediendo por ella. En 1737, cuando el incendio del Hotel-Dieu, se vio a paralíticos que habían resistido a diversos tratamientos, levantarse y escapar de las llamas.

Muchos médicos han provocado la revulsión moral, con un fin terapéutico, como Récamier, Devay, etc.

Este último refiere la curiosa historia de una joven que se encontraba paralizada de los miembros inferiores, a consecuencia de violentos ataques de histeria, y en quien se habían aplicado en vano las medicaciones más apropiadas. Un día se le dio orden de salir del hospital²⁴; ella conociendo su estado, pidió algunos días para arreglarse, pero se insistió en que se fuese, y al fin se sometió, pudo vestirse ella misma y salir del hospital. Con razón, pues, dice Legrand du Saulle: «En la terapéutica de muchos estados psicopáticos, el absolutismo autoritario es una necesidad que el éxito corona frecuentemente, y que no puede dañar a nadie.»²⁵ Es sobre todo en las enfermedades nerviosas que el tratamiento moral tiene una grande influencia. Todos saben cómo curó Boerhaave los accesos convulsivos que se hacían generales en una sala del Hospicio de Harlem, llevando fierros calientes en un bracero, y amenazando quemar a la primera que fuese atacada de convulsiones. Briquet quiso hacer lo mismo una vez que entró a la sala de su servicio, en el hospital de la Charité, una histérica que daba un grito especial, el cual empezó a comunicarse a las otras enfermas: las amenazó con el fierro rojo, cesó el grito especial, pero se substituyó otro de dolor como el de una quemadura. Podríamos aumentar todavía numerosos casos en que la influencia moral ha sido manifiesta y ha producido excelentes resultados.

Todavía tendríamos que hablar de la influencia de otros fenómenos o agentes morales, y especialmente de la de la voluntad, sobre las enfermedades; pero ya sería extendernos demasiado y nos falta el tiempo; así es que, a pesar de la importancia del asunto, nos limitaremos a recordar que la voluntad es una fuerza enérgica de la cual disponemos, aunque generalmente no la apreciamos en su verdadero valor; que es el principal motor del sistema muscular, y que muchas veces ha obrado sobre músculos atacados de parálisis en los cuales ni la electricidad había podido producir la contracción. Como ejemplo del poder de la voluntad sobre el organismo y las enfermedades, recordaremos el caso de tétano curado por M. Cruveilhier. Su poder sobre las enfermedades nerviosas, sobre el síncope y el vértigo, es también incontestable, como lo ha experimentado sobre este último M. Piorry, quien pudo, por solo la voluntad, dominar completamente un ataque.

El tratamiento moral es también un medio poderoso para la curación de las enfermedades mentales, como lo han reconocido Pinel, Esquirol, Leuret, etc.

Si tan general e incontestable es, pues, el poder del elemento moral en el tratamiento de las enfermedades, nadie podrá desconocer su importancia, y diremos con Noël Gueneau de Mussy: «El médico que se privase de tan importante concurso, no merecería el nombre de médico». ■

²³ De la médecine morale dans le traitement des maladies nerveuses, pág. 44.

²⁴ F. Devay. De la médecine morale, pág. 34.

²⁵ Legrand du Saulle. Etude clinique sur la peur des espaces, pág. 73.